

y sus cuchillos no andan ociosos, sobrepujan su ímpetu los mastines compañeros de su vida infame, que haciendo presa en los fugitivos prueban con el destrozo la bondad de la casta mallorquina. Mas ya era tiempo de acorrer á la villa saqueada por la otra división turca, la cual, como supo la victoria y venida de los cristianos, apeló á la fuga, no tan presto que muchos no rindiesen la vida al rigor de nuestras armas. Salvóla la imprevisión de los capitanes en no cubrir el paso del monte para la playa, pero el alcance fué tan tenaz y sangriento, que los mallorquines cruzaron sus tiros con las galeras, y con sus certeras pedradas forzaron á los infelices cautivos amarrados al remo á gritarles que parasen si el daño de sus hermanos no querían. Entre tanto el señor virrey D. Guillén de Rocafull llegaba á Sóller reventando un caballo: las compañías volvieron á entrar victoriosas sin más pérdida que la de seis hombres; recogieron por los campos y olivares cuatrocientas diez y ocho cabezas de los turcos; y cada cual, prestado antes juramento, tomó del montón hecho en la plaza lo que perdió con el saqueo. Después el rey D. Felipe II indultó á la cuadrilla de bandoleros, que á su lealtad y á su valor debieron el recobrar la estimación de sus compatriotas y pasar pacíficamente en sus casas el resto de su vida (a).

El puerto dista de la villa poco más de una hora, y cerrado de todas partes por escarpadas colinas, semeja un vasto estanque que sólo comunica con el valle por el camino que en él desemboca cruzando una garganta, y con el mar por la estrecha entrada situada al norte (b). Un castillejo antiguo y ruinoso y algunos

(a) Se conoce que de las cinco ó seis relaciones que existen del suceso, como advertí en la parte histórica pág. 449, no vió Piferrer sino la que publica por apéndice; y sólo así se explica su omisión, que no le perdonará ningún buen sollerense, de las proezas del capitán Angelats y de la valentía de las dos doncellas, Francisca y Catalina Casasnovas, que embellecen con otros tradicionales episodios la popular epopeya de la gran victoria.

(b) Ciérranlo al poniente las alturas de la Moleta, á cuyo extremo domina los mares el faro superior, mientras el inferior al otro lado, enarbolando en su pretil

otros edificios del muelle se reflejan en sus aguas tranquilas; mas si nada revelase allí la mano y la presencia del hombre ni turbase el silencio, las márgenes fragosas y encumbradas recordarían las que en otros países y en el seno de los montes circuyen lagos que han dado asunto á los cuadros de la poesía. No como en los que los Alpes sustentan ni cual en los de Escocia el ojo se pierde en su ámbito; ni masas desnudas de granito, ó montones gigantescos de peñas áridas y negruzcas le sirven de valla; ni las nieblas vespertinas suben á abrazar estos destrozos seculares, ni lamen la cenicienta superficie. La naturaleza ha embellecido con una vegetación frondosa las quebradas, las mesetas, las ramblas y los precipicios; y si los bancales de la roca asoman á trechos sus flancos blanquicos y rotos por una revolución antiquísima, mil plantas guarnecen las hendiduras que los separan, y sobre las cimas verdean las hierbas y los arbustos. Únicamente en la parte del norte, que lo divide del mar, van escaseando los pinabetes, y las rocas calcinadas amontónanse en gran muchedumbre como atestiguando que allí fué más terrible el sacudimiento. Y si le place al viajero renovar las imágenes que el pincel mágico del bardo escocés hizo más de una vez pasar ante su fantasía, trepe á esa horrible cumbre, adelántese al extremo de la boca, y asómese al balcón de la ermita de Santa Catalina (a). Los peñascos de la entrada parecen decir que á

la hospitalaria cruz, convida las naves á la entrada, salpicado por las mugientes olas de una caverna; al nordeste lo resguardan encrespadas rocas y alguna que avanza con espantoso desplome sobre la costa, de la cual se destaca un islote; á levante desemboca en la playa frente á un grupo de pinos el angosto valle de la Figuera, que puebla una serie de antiguos predios, bajando desde Bálig, hasta el que guarda la salida flanqueado de robusta torre. De forma circular y sin almenas es la que protege al sur el camino de la villa, y no data sino de los años de 1545, aunque depongan mayor antigüedad sus rojas y pardas tintas, y fortuna será que la conserve en pie hasta aquí su aspecto monumental: posteriormente á la invasión de 1561, entrado ya el siglo xvii, se fabricó para defensa de la costa entre el puerto y la Illa la cuadrada fortaleza de *Pedra Picada*.

(a) Era Santa Catalina ya en el siglo mismo de la reconquista un santuario de los de mayor devoción para los pobladores no solamente de Sóller sino de la isla entera, según los legados que se le hacían (v. atrás pág. 963), lo cual se explica

viva fuerza fueron desgajados por una conmoción irresistible y á pesar suyo hubieron de ceder paso á las aguas, que por esa garganta entraron á formar aquel gran remanso: el balcón cuelga sobre una punta saliente de la peña, y debajo de ese mirador aéreo y á una profundidad muy considerable el mar muge en las grietas y concavidades de aquel salvaje muro, y la blanca espuma de la resaca que á intervalos vomitan destácase con brillo siniestro sobre el tono oscuro de las aguas sombreadas por los pardos y altos escollos. La peña forma recodos y leves ensenadas; y como el balcón domina una de éstas, no es raro que quien por primera vez se asoma al frágil antepecho de ese mirador suspendido, retroceda con terror ante el abismo que debajo de él se abre.

Ninguna habitación poblaba la poética soledad de este puerto (a), cuando en 1232 aportó aquí el rey D. Jaime. Sólo los palos de una fusta genovesa competían con los arbustos de las escar-

por su proximidad al puerto entonces ya muy concurrido. Un inventario de 1476 publicado en la historia del Sr. Rutlán atestigua la riqueza allí acumulada, tanto en ropas y ornamentos, como en ofrendas de alhajas, particularmente en collares y coronas de perlas. Desapareció este tesoro con la imagen de la santa, saqueado en Mayo de 1542 por los piratas argelinos, y el incendiado edificio tardó en rehabilitarse hasta 1574, trasladado interinamente el culto á la parroquia. Su ruda fábrica, si no es la primitiva, carece de tipo arquitectónico que permita clasificarla, y no indica sino pobreza y abandono en tiempos posteriores y los reparos apenas suficientes para no hundirse por completo. Hoy se trata de establecer en ella un sacerdote fijo y de trasladar la misa, hasta aquí celebrada domingos y fiestas, desde la formación del barrio de pescadores que cubre en anfiteatro el pie de la colina, en el oratorio inferior, más reducido y moderno, de San Ramón de Penyaafort.

(a) Que fué, no obstante, ya desde el principio muy conocido y frecuentado de naves, pruébanlo, aparte de la importancia del antedicho santuario, las notorias ventajas que llevaba al puerto de la capital para comunicar con Barcelona, y la frecuencia con que en él desembarcaban ó acudían desde la ciudad á embarcarse personajes de la mayor valía, empezando por los reyes, aun siendo tan áspero é incómodo el camino por tierra, lo mismo en los siglos medios que en los posteriores. Hoy estos casos se dan muy raramente, y los buques y aun vapores que hacen allí escala recogen á la salida ó deponen á la entrada pocos pasajeros que no sean de los naturales. Más tardó el puerto en poblarse de caserío, ó más bien convertirse en tal aunque modesto las rústicas chozas de pescadores, que en nuestros días hemos visto crecer y condensarse cuesta arriba hasta casi tocar las tapias de Santa Catalina.

padas márgenes, y tanta era la quietud del sitio, que su tripulación temió ser asaltada de corsarios al entrar la galera catalana. También aquí cuenta la tradición que San Ramón de Peñafort se lanzó al mar sobre su capa, para pasar á Cataluña y por huir del rey torpemente amancebado con D.^a Berenguela Fernández y sordo á los consejos del celoso fraile. D. Jaime dió orden á todas las naves de no embarcar clérigos ni frailes; el santo venció al poder humano con la fuerza de su fe en aquel que todo lo puede; y la ribera barcelonesa reboseó en el gentío que acudió á ver al que el espíritu de Dios hacía nadar sobre las aguas. Todavía los marinos de Sóller y de toda Mallorca acuden solícitos á enseñar la roca que sostuvo á Ramón mientras invocaba el auxilio de Dios, y no sólo se conservó entre los sillares del nuevo muelle, sino que delante de ella se ha erigido una capilla frecuentada por los navegantes (a). Si no naciste, oh viajero, en la antigua Cataluña, ya tu piedad te hará escuchar con respeto esa tradición jamás perdida; mas si en las tierras condales has visto la luz primera, ella también te traerá las imágenes de tu país natal, y otra vez el cantar sencillo y pausado con que tu madre ó tu nodriza te meció en la cuna sonará en tu oído, hará palpitar con fuerza tu corazón y humedecerá tus ojos. Y bien mereces compasión si á tan suaves recuerdos no te despidas del puerto repitiendo las palabras de aquella simple cántiga, mientras te prestan acorde acompañamiento el murmurio de las au-

(a) Edificósele después de su canonización en 1601 una capilla tan mezquina, que visitándola en 1620 el obispo Bauzá mandó llevar á Santa Catalina la figura del santo de quien era tan devoto que se empeñó en hacer colenda su fiesta y la de Nuestra Señora del Carmen á despecho de los jurados del reino: el actual oratorio, nada notable, es de principios del siglo pasado. Popular y antigua, ora tuviese origen en Mallorca ora en Cataluña, es la leyenda del milagroso paso de San Ramón, cuya relación más auténtica conceptúo la latina del 1451 publicada por Villanueva en el t. XVIII de su *Viaje á las iglesias de España*, si bien históricamente inadmisibile, aunque se tratara de un suceso ordinario, por la incompatibilidad de tiempos y circunstancias con cada una de las cuatro veces que estuvo en la isla Jaime I.

ras que estremecen el follaje de las breñas, y el són de las mansas ondas que se quiebran en la arena (1).

La naturaleza, ciñendo de montañas el vicioso valle de Sóller, reunió contrastes los más pintorescos como de intento para que la belleza de ese pensil hiciese mella así en los que á él bajasen como en quien le dijese adiós escalando las cumbres. Este contraste se ofrece muy vivo y enérgico cuando por una cuesta estrechísima y rápida que serpentea entre precipicios trepamos con fatiga el *Barranch* (a), ya nos paremos con asombro á contemplar las moles que amagan nuestras cabezas, ya sigamos con la vista hasta el hondo los flancos peñascosos. Hay en este horrible desfiladero algunas viviendas no indignas de tal lugar, que bien pudieran ser motivo á un sistema explicativo de la arquitectura, á la manera con que otras viviendas engendraron sistemas distintos. La naturaleza fué su artífice: grandes pedazos de roca, rodando desde lo alto, quedando unos en pie, y sobreponiéndoseles otros, formaron una nueva caverna, en cuyo hueco ha practicado el hombre su morada y cuya boca ha modificado hasta convertirla en puerta; y á la verdad ningún arte pudiera crear un cornisamento tan sublime ni que tanto armonizase con la escena, como el que figuran las anchas fajas de las peñas que permanecieron cruzadas y se amontonaron tendidas oblicua ú horizontalmente. Desde este punto, por entre la abertura de los derrumbaderos, place tender una postrera mirada á la llanura pintada con los colores de su fecundi-

(1) Véase en el N.º 3 del APÉNDICE la canción popular á que aludimos.

(a) Arranca del risueño lugar de Biniaraix esta prodigiosa subida de un par de horas, angosta y empinada á trechos, á trechos imponente y majestuosa, festonada de silvestres galas, cruzada de fuentes y regueros, tan pronto al través de sombrías gargantas como de altísimas rotondas cortadas á pico y pobladas de sonoros ecos, tan pronto al pie de colosales torreones como al borde de vertiginosos abismos: así se avanza de sorpresa en sorpresa hasta la cima del mirador, donde dejado á la derecha el cónico Puig de Lofre, cuya regularidad contrasta con lo quebrado del paisaje, brinda á descansar el murmullo de la fuente de la *Teula*, antes de internarse por las yermas alturas del llano de Cúber, camino de Lluch.

dad y los rahales que la salpican; pues al trasponer la cima del *Barranch* ya por mucho espacio no abandonaremos esta empinada sierra, que tal vez es la porción más fragosa de la isla (a). La meseta que en seguida cruzamos, bien que llana, es triste y salvaje: raros árboles sombrean de cuando en cuando aquel yermo en donde crecen mezquinos arbustos y las plantas aromáticas amigas de las alturas; y las colinas que la orlan á la izquierda, peladas y cenicientas, acrecen su melancolía. Mas también esa desnudez, ese color fúnebre, esas cúspides partidas y desgajadas, esos caminos que semejan grietas y destrozos, esos dentellones y picos gigantescos que asoman en todas partes, humillan nuestro sér y ensalzan el poder de Dios, diciéndonos cuán velozmente pasamos nosotros, y de cuán antiguo una revolución misteriosa, sólo sabida del Autor de la naturaleza, trocó en esas formas otras formas primitivas. Las arenas van sepultando á fuerza de siglos los obeliscos y las pirámides; las colosales fábricas de las antiguas civilizaciones, aquellas que pretendieron escalar el cielo, yacen confundidas con el polvo vil de las llanuras; no han sido empero enterradas las pirámides de granito que el dedo de Dios hizo brotar del seno del globo antes de las civilizaciones, y sus numerosos pisos han ido recibiendo amorosamente la tierra y el agua, embelleciéndose con las familias inocentes de los vegetales, abrigado á las aves y á los brutos, y dado lugar á las moradas del hombre y alimento á sus generaciones.

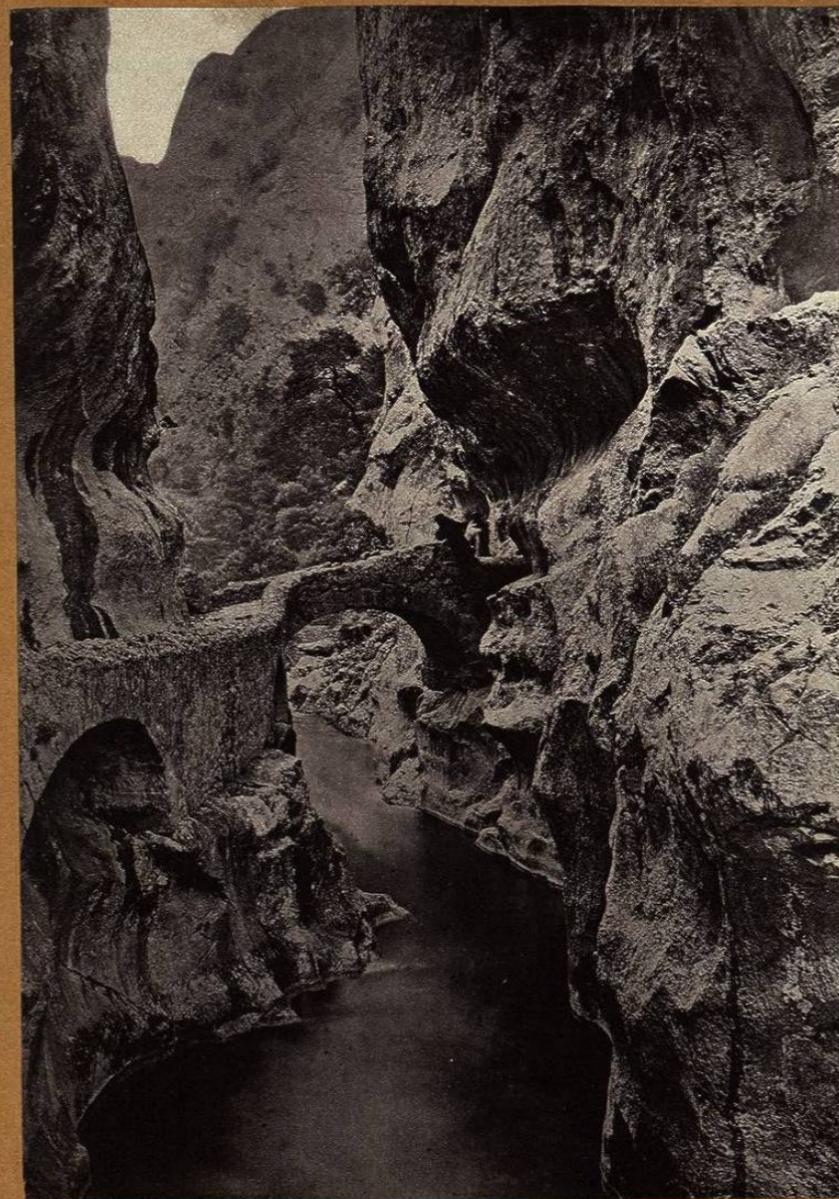
(a) Domínala colosalmente el Puig Mayor ó den Torrella, llamado también así por el predio á que pertenece, y por el cual se sube desde el *Barranch*, igualmente que desde Fornalug por Monnáber; y es de lamentar que careciera nuestro viajero del sublime espectáculo que á la salida del sol se disfruta en aquel pico abarcando en inmenso panorama la isla entera, y nosotros de una descripción digna de su pluma y del objeto. No atreviéndome á suplirla por mi parte, y como está ya superiormente trazada en poesía, que es el lenguaje más adecuado y breve para estos temas, con la venia de su distinguido autor que han de ayudarme á agradecer debidamente los lectores, copiaré en el núm. 1.º de los apéndices adicionales la excelente de D. Mateo Obrador premiada en 1881 en los juegos florales de las ferias de Palma.

Poco antes de llegar al *Gorch blau* el cultivo suaviza el carácter del paisaje, y el oscuro arroyuelo de Almaluig borda el sendero hasta el sitio que lleva aquel nombre (a). Es una estrechísima garganta, ó por mejor decir, una hendidura hecha en la viva peña, cuyas elevadas y rectas paredes sobresalen en su parte inferior y sobre el camino á manera de bóveda ó voladizo. El agua del arroyo, como ahonda de continuo el lecho de roca, forma un buen remanso, que recibiendo la luz por entre esa abertura que lo sombrea, se tiñe de una apariencia azul oscura y da al lugar el nombre de su color (b). Escasa vegetación adorna las rocas, y ni el mezquino hilo que del remanso se escapa sirve de comunicarle alguna animación, antes contribuye á su aspecto salvaje y á inspirar quietud y tristeza (c).

(a) Con el de Alm-alluch (*agua de la ribera ó valle*) era conocido al tiempo de la conquista el distrito de las montañas, que á menudo se citan en la crónica con las de Sóller y Banyalbahar como postrer refugio de los moros después de tomada la ciudad, cuyo caudillo Joaib no quiso rendirse con sus tres mil combatientes é innumerable muchedumbre de mujeres y niños sino al Conquistador en persona con ventajosos pactos en la primavera de 1231 (v. pág. 132). Forman ellas hoy día el dilatadísimo y despoblado término de Escorca, comprendiendo la comarca de Tuent y de la Calobra, que si bien poblada desde muy antiguo por Sóllerenses, deslinda del de Sóller el *coll* de Binimar. El nombre de Almaluig se concreta en la actualidad al predio y á seis ó siete molinos de agua que se consideran como vestigios de población remota, á la cual reemplazó muy temprano en su rústica capitalidad la de Escorca, lugar de poco más de doscientas almas en notable deseenso, que no tiene de villa sino el ayuntamiento, y por verdadera parroquia el santuario de Lluch, más bien que la pequeña y vetusta iglesia de San Pedro adjunta á la alquería.

(b) En la lámina se puso por equivocación *Blanch* en vez de *Blau*.

(c) Esta enorme hendidura, no abierta lentamente por lluvias y avenidas, sino de una vez por violenta conmoción terráquea, como atestiguan las concavidades y convexidades de uno y otro muro que encajan entre sí, continúa más ancha y sirviendo de holgado cauce al torrente de *Pareys*, que en sus mayores crecientes apenas cubre el fondo, y justifica su nombre al juntarse en el sitio llamado *Entreforch* con otro que baja de Lluch, siguiendo unidos hasta el mar por el trecho de una legua. Aquellos bordes cortados á grande altura, en cuyas cuevas anidan bandadas de palomas salvajes; aquellas rocas desprendidas y amontonadas abajo, por las cuales al más ágil cazador le cuesta abrirse paso; aquella oscuridad misteriosa que producen formando bóveda las peñas de entrambas márgenes, sobre charcos únicamente accesibles en cierta estación; y por último el desembocar tras de difíciles pasos y fatigosas revueltas en aquella anchurosa calle ó más bien rambla entre dos soberbias murallas naturales que se reflejan en las balsas á la sombra de grupos de pinos en el desagadero de la Calobra: son bellezas casi al-



MALLORCA. — Gorch Blanch

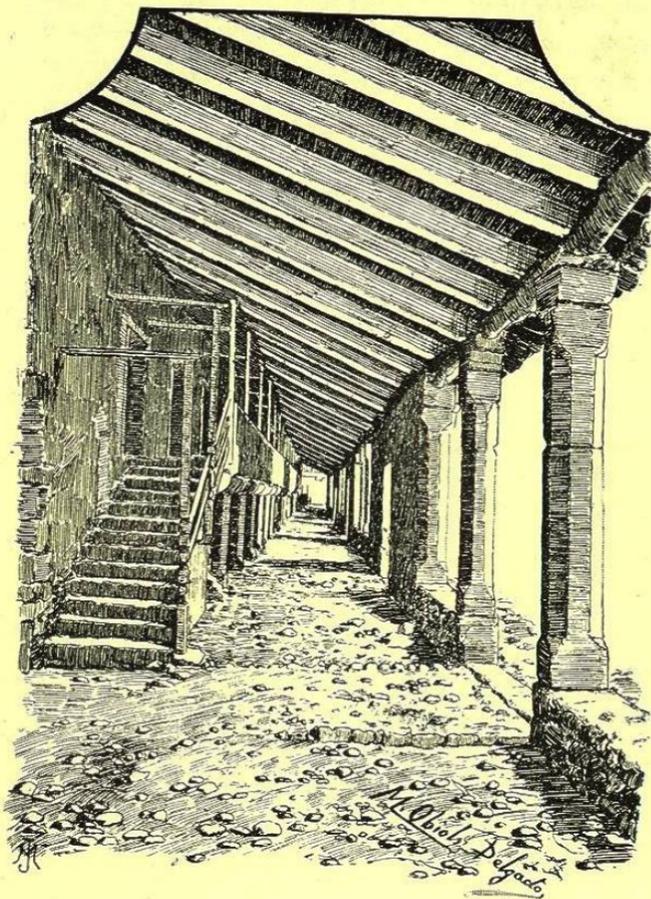
Pronto empero una frondosidad caprichosa y brillante viste las lomas y las laderas, y si los espinazos descarnados de la sierra aún blanquean de cuando en cuando, ó si algunos picos despedazados asoman, guarnécelos y cífelos denso boscaje, los pinares, los encinares y los robledos se suceden, y las breñas llenan espesísimas todos los claros y todas las pendientes. A través de ese dosel de verdor descúbrese el santuario de Nuestra Señora de Lluch, y se baja al valle en que descuella (a). La devoción atrae á él peregrinos de toda la isla; y si otros santuarios del continente, coronando los riscos, se ofrecen de lejos á las miradas de los que van á visitarlos y encienden su fervor, también éste por una situación diferente aviva de lejos la piedad é hiere los ojos del que para alcanzarlo ha de atravesar y descender de las encumbradas cordilleras, que de todos lados circuyen el vallecito y cierran el apartamiento donde está la joya mística de la montaña (b). Marca su avenida una cruz gótica,

pestres, cincuenta años atrás sólo conocidas de muy pocos, y ahora con la fama y con el ejemplo y con el auxilio de expertos guías puestas al alcance de todo el mundo. Las calas, mal llamadas puertos, de Tuent y de la Calobra, especialmente ésta cuya entrada desde el mar, taladrada entre erizadas peñas, es uno de los más grandiosos espectáculos de la costa, se ven siempre frecuentadas de pescadores, y en la buena estación á menudo de partidas de recreo, que evitando el prolijo y áspero camino de tierra por los tres predios de Bálig y la Costera, se embarcan en Sóller; y es tal la incomunicación de los escasos vecinos de la comarca, que carecen de misa la mayor parte del año en su oratorio de San Lorenzo, situado en la cima de un empinado cerro entre ambos caseríos, renovado modernamente el que en 1322 ya existía.

(a) Otro es el camino principal que á Lluch conduce desde Palma por Inca y Caimari, de cuyo lugar arranca la cuesta de más de dos horas, mandada ya reparar en lejanas épocas por el grande y general consejo en obsequio de la devota casa, y hoy próxima á ser sustituida por descansada carretera, que si gana en comodidad, será con pérdida de preciosa perspectiva en el punto culminante del *Salt de la Bella Dona*: únese allí al legendario recuerdo de la mujer despeñada por injustos celos del marido y preservada por la Virgen milagrosamente, un bellísimo paisaje, con encrespadas alturas en primer término, de los llanos de la isla, y allende la vasta bahía de Alcudia las vaporosas montañas de Artá.

(b) No pasará olvidada de la historia la gran romería que al amanecer el 10 de Agosto de 1884 congregó en Lluch y á su alrededor de quince á veinte mil peregrinos de todo sexo, edad y condición, venidos de la capital y demás pueblos de Mallorca, banderas desplegadas, á celebrar la coronación de la sagrada imagen, hecha por mano del obispo. ¡Cómo hubieran inspirado á Piferrer aquel in-

cuyos relieves representan la anunciación y el tránsito de la Virgen, y cuyo capitel lleva en entrambas orlas letras casi borradas. La hospitalidad benévola asiste en los umbrales de esta casa, y por los labios de los sacerdotes que la habitan convida al viajero y al devoto con el descanso y apacibilidad de sus aposentos (a). Pocas



COBERTIZO DE LA HOSPEDERÍA DEL SANTUARIO DE LLUCH

dice adicional núm. 2 unas breves estrofas en idioma patrio, que osé mezclar en aquella ocasión con otros más subidos homenajes.

(a) Muéstranlo el diseño del interminable cobertizo de la hospedería destinado al abrigo de las caballerías, pues todavía no llegan allí los carruajes, y la multitud de habitaciones dispuestas para colonos y payeses, que afluyen en las principales fiestas, sobre todo en la de la titular el segundo domingo de Setiembre, aparte de otras más escogidas para personas y familias de distinción dentro del mismo colegio. Tiene éste largos corredores y una especie de claustro, cuya forma y la nave de la iglesia, ni bien antigua ni bien moderna, con su cimborio por dentro circular y por fuera cuadrado, nada dicen al artista, ni siquiera se presta el conjunto á una vista pintoresca por la rectitud y extensión de sus líneas.

comparable *aplech* religioso, aquel indescriptible campamento, aquella augusta ceremonia al aire libre! Séame lícito para hacer sentir algo, así del colorido local del sitio como del culto de que es allí objeto Nuestra Señora, apelar otra vez á la poesía, reproduciendo en el apén-

dicando en el apén-

preciosidades artísticas contiene su iglesia, y la misma franqueza con que éstas se enseñan hace más sensible que no haya de ejercerse sobre mayor número. Son una custodia gótica bellamente afligranada y enriquecida con pequeñas gárgolas é imágenes de santos y ángeles y una inscripción (1); dos estatuítas de alabastro de estilo gótico ya adulterado pero aún puro, que están en el altar mayor y de las cuales la una lleva unas letras antiguas; un crucifijo de marfil, algunos cuadros, la figura de la Virgen y un trozo del vestido con que dicen fué encontrada. Asimismo son breves las noticias de su historia (a): en 1239 se descubrió allí la imagen de Nuestra Señora; en 1430 D. Alfonso mandó fundar un convento de ermitaños de San Agustín cerca de su capilla; poco después se le unió la parroquia de San Pedro de Escorca; y en 1531 el cura de ésta, Gabriel Vaquer, dueño de la alquería de Lluch y de otros bienes, los consagró al aumento de su congregación, y pasando á Roma obtuvo del papa Clemente VII bula para erigir

(1) Véase el N.º 4 del APÉNDICE.

(a) La de su hallazgo no discrepa del común de esta clase de leyendas: resplandores sobrenaturales que descubren la efigie á un sencillo pastor, traslación de ésta á la iglesia de San Pedro de Escorca, vuelta milagrosa al primitivo punto expresando su voluntad, y consiguiente erección del santuario; interviene un abad premonstratense, de quien no aparece más noticia. La figura, que es de piedra y como de tres palmos de altura, da ventajosa idea de la escultura cristiana en los tiempos anteriores á la dominación sarracena, desde la cual probablemente yacía enterrada ésta y cinco ó seis más que en Mallorca se veneran; el niño Jesús lleva en el libro abierto el alfa y omega. Lluch (*ribera*) suena en el repartimiento como alquería de nueve yugadas, y cupo á los Templarios ó á alguno de los barones con quienes compartió el rey aquel distrito de las montañas, tan abundante en fuentes como poblado de bosques. Durante el siglo XIV estuvo servido el santuario por *deodatos* ó santeros: en 1439 los agustinos de la Casa de Dios reclamaban de los jurados ser puestos en posesorio de las rentas de Lluch en cumplimiento de los mandatos del papa y del concilio de Basilea. En 1456 se instaló en el templo, rico ya de ofrendas, la parroquia hasta allí colocada en San Pedro, coincidiendo esta unión con la pingüe donación de tierras que le otorgó el caballero Tomás Thomás. Desde las ordenaciones de 1531 gobernóse la casa por un prior que elegían bienalmente los mismos colegiales, proveídos de capellanías de sangre con obligación de vida común y de residencia: los muchachos educados en el canto eran doce, llamados los *blaus*, y han perpetuado hasta nuestros días las buenas tradiciones musicales.